

# Cambio en el Sistema

## Por Voluntad o por Fuerza

30 MARZO  
1988

POR LORENZO MEYER

**S**ON cada vez más quienes desde dentro y desde afuera de las estructuras del poder consideran que llegó la hora en que las formas y contenidos del sistema político mexicano deben de cambiar, pues el arreglo corporativo de hace medio siglo —y que pese a sus enormes fallas ha dado a México un periodo de estabilidad desconocida en casi todos los países periféricos como el nuestro— resulta ser cada vez menos útil. Ahora la garantía de la estabilidad está justamente en el propósito y la aptitud de la élite dirigente en general y de la Presidencia de la República en particular, de admitir la necesidad del cambio, sin esperar a que las condiciones empeoren todavía más y den al traste con la estabilidad.

★

**U**NA prueba evidente de que en política lo antes útil ya no lo es se tiene en el hecho rotundo y contundente de que han pasado seis años sin que la acción del gobierno —concretada en innumerables planes, programas y pactos— pueda sacar a nuestra economía del estancamiento en que la metieron las graves fallas de conducción de sexenios anteriores.

Es un hecho irrefutable que ninguna recesión económica en tiempos de paz del siglo XX mexicano —es decir, descontado el periodo de la lucha armada de 1910-1920— ha durado tanto como la actual; y lo peor es que pese al enorme sacrificio social que ha implicado el intento del madridista de superar la depresión por la vía de las recetas económicas ortodoxas —es decir, conservadoras—, ningún experto serio se atreve aún a predecir cuándo y cómo concluirá esta penosa etapa de la historia contemporánea de México. Para usar

una expresión muy en boga: todavía no se ve la luz al final del túnel por el que hemos estado viajando durante seis años.

Uno de los timbres de orgullo del sistema político mexicano posrevolucionario fue el poder señalar ante propios y extraños que la trama institucional creada por el movimiento armado fue de tal naturaleza que, en principio, permitió que casi cualquier conflicto serio que surgiera entre clases sociales o grupos de interés, podía

ser captado y canalizado hacia una solución pacífica, aunque no necesariamente justa, por una o más de las estructuras institucionales.

Los ejemplos de la capacidad que nuestro sistema tuvo —y que aún posee, aunque ya no como en el pasado— para institucionalizar el conflicto de intereses, son prácticamente innumerables. A partir del cardenismo, todas las clases y grupos de interés mexicanos tuvieron las organizaciones que les representaron frente al gobierno y ante el resto de las fuerzas políticas. Esa fue la función de la CNC, la CTM y los demás sindicatos oficiales, las cámaras de comercio e industria, las organizaciones patronales, de banqueros, burocráticas, los colegios profesionales, etc.

★

**C**ON el correr del tiempo, esta red de las corporaciones aceptadas por el gobierno como interlocutoras legítimas se ensanchó hasta llegar a ser la compleja trama que hoy conocemos. El ideal del gobierno era que ningún grupo social o económico importante, capaz de manifestar demandas y crear tensiones, se viera en la necesidad de defender sus intereses mediante conductas disruptivas.

En el centro de este complejo sistema de organizaciones y procesos para negociar se encontró la institución que es el principio y el fin de todo el proceso político mexicano de la época posrevolucionaria: la Presidencia de la República. Una de las características fundamentales de esta institución es su carisma. A diferencia de la presidencia anterior a 1910, la posterior a 1940 ya no dependió de las características personales del ocupante del cargo, pues las cualidades excepcionales —misteriosas— eran propias de la Presidencia y no del presidente.

Desafortunadamente para el sistema, se abusó de los poderes carismáticos institucionales de la Presidencia en por lo menos dos aspectos: el proceso de selección de los ocupantes del cargo se deterioró al punto de delegar el enorme poder presidencial en individuos cuya capacidad y características personales resultaron ser muy inferiores al mínimo requerido y, el otro, la

# Cambio en el Sistema.- Por Voluntad o por Fuerza

Segue de la página siete

confianza de la élite política mexicana en los poderes de la Presidencia fue tal que se negó a considerar lo conveniente de cambiar la esencia de las estructuras y de los procesos políticos heredados, no obstante que a partir de la II Guerra Mundial otras variables sociales básicas —económicas, demográficas y de cultura— se modificaron a una gran velocidad. Fue así que la modernización política se pospuso más allá de lo que era prudente, hasta llegar a la crisis de 1976 y, sobre todo, a la gran depresión de los ochentas.

La magnitud de esta crisis es tan grande, que la vieja trama institucional corporativa no la puede abarcar en su totalidad, y la eficiencia del sistema político tal y como hoy se encuentra constituido deja ya mucho que desear. En realidad, lo obsoleto de las formas actuales de poder es admitido por el PRI al elegir como lema de su campaña presidencial el de la modernización de la política.

Hoy, el sistema corporativo y autoritario que gira alrededor de la Presidencia ya no basta para

representar a todas las fuerzas sociales mexicanas que demandan ser oídas.

★

**E**L acuerdo político actual ya le queda chico a nuestra sociedad, pues la gran depresión económica que se inició en 1982 está politizando de manera inesperada al México no corporativizado —que es el mayoritario—, y lo empuja para que se transforme de espectador en actor político. Es probable que la apatía política sea aún la actitud dominante entre los mexicanos, pero no resulta muy inteligente de la élite política mexicana confiar en que esta situación se vaya a mantener en lo futuro. Al contrario, le conviene suponer que cada vez habrá más disposición, entre los marginados políticos, de actuar para defender sus intereses de los efectos negativos de la depresión económica, ya que el México organizado —y minoritario— no está en capacidad y con la disposición de resolver por sí y ante sí un problema tan grave y grande.

Es justamente por todo lo anterior que el sistema

de partidos se presenta ahora, y por primera vez, como una alternativa viable frente al sistema imperante. Hasta hace muy poco, la mayoría de los partidos en México no podían ser considerados realmente tales. El PRI era —y es— una maquinaria electoral del gobierno; y los partidos de oposición eran —pero están dejando de ser— organizaciones aisladas sin arraigo en la sociedad. La inexistencia de los partidos —o su existencia fantasmagórica— la motivaba que tampoco existía realmente su razón de ser: la lucha electoral. En efecto, desde la victoria de Madero en 1911, las elecciones no han servido para decidir algo fundamental en México. Sin embargo, los estragos de la depresión económica están cambiando rápida y profundamente el contexto político mexicano. Hoy existe la posibilidad de hacer de los partidos de la oposición —y quizá también del partido oficial,

aunque esto es más difícil—, organizaciones reales que pueden ser incorporadas a la red institucional tradicional, de tal manera que la auxilien en el proyecto modernizador cuyo objetivo es el procesamiento efectivo de ese cúmulo de demandas que el sistema tradicional ya está incapacitado para afrontar.

Sin embargo, con el fin de hacer realidad la modernización política mexicana —que implica dar vida propia a los partidos y a las elecciones—, es necesario derrotar a las fuerzas que se oponen a este cambio, es decir, a los intereses creados por el arreglo corporativo, en otras palabras a los Fidel Velázquez, Quinas, Olivares Venturas, Legorretas y demás líderes de la tradicional cúpula autoritaria y corporativa.

Quien puede —y debe— iniciar la lucha contra los obstáculos a la modernización política mexicana es, a la vez, el valladar prin-

cipal: la Presidencia. Esta es la gran paradoja, la gran contradicción en la que hoy se encuentra el sistema político mexicano: para entrar en una nueva etapa sin perder la estabilidad que le ha caracterizado —misma que es indispensable para que, entre otras cosas, Estados Unidos no intente intervenir aún más en nuestros procesos internos—, el gran perdedor —la Presidencia— debe ser el elemento que se monte sobre la ola de descontento social y la guie por una senda constructiva.

La propuesta aquí presentada significa que la Presidencia autoritaria de México se consuma en el fuego de la depresión económica y de la lucha contra sus antiguos aliados, y luego, como el Ave Fénix, resurja de entre las cenizas, menos poderosa pero más viable. Sé que la propuesta puede sonar "absurda" a muchos "realistas", pero, ¿hay alternativa?